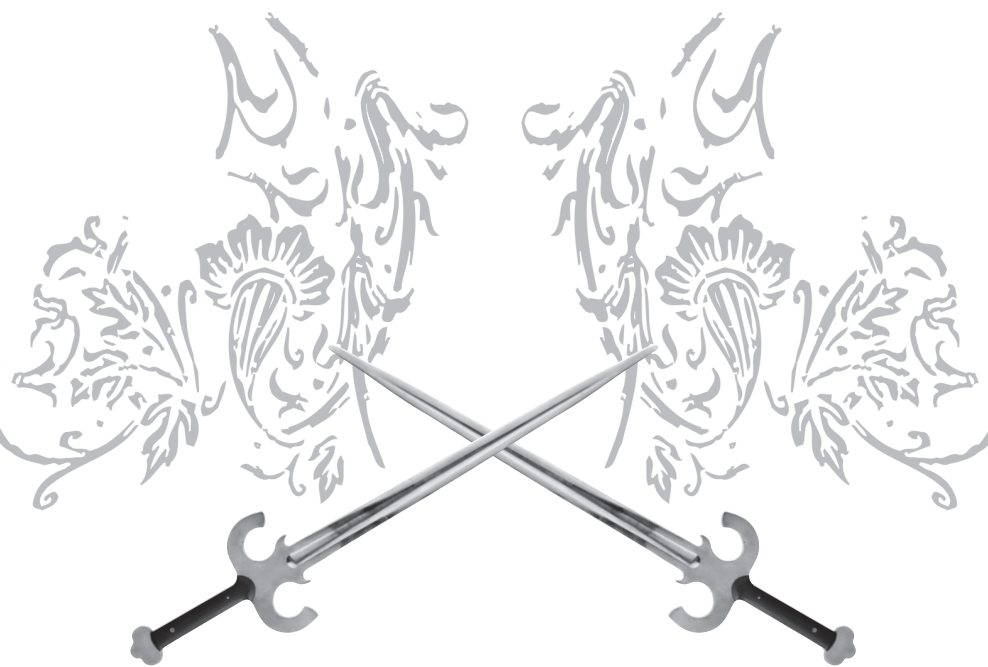


# CONTENIDO

I. Padre mío: una novela sobre Zsadist, Bella y Nalla	13
II. Los expedientes de la Hermandad: información privilegiada sobre cada hermano y su respectivo libro	121
III. Para escritores: consejos de escritura, secretos y la propuesta original de la historia de la Hermandad	279
IV. Escenas suprimidas	343
V. Divertimentos	381
VI. Los hermanos en el muro	437
VII. Fragmentos de vida del muro	533
VIII. Preguntas y respuestas con J. R.	569
IX. Cronología de la Hermandad	579
X. La Lengua Antigua	583
XI. Los hermanos entrevistan a J. R.	587
XII. In memóriam	601



# Padre mío





# UNO



Entonces, Bella tiene buen aspecto.

En la gran mesa de la cocina de la Hermandad, Zsadist agarró un cuchillo, sostuvo con la otra mano una lechuga romana y comenzó a cortar trozos pequeños, de dos o tres centímetros.

—Sí, así es.

Le caía bien la doctora Jane. Demonios, estaba en deuda con ella. Pero de todas formas tuvo que hacer un esfuerzo para mantener los buenos modales: sería muy feo arrancar la cabeza a una hembra que no sólo era la shellan de su hermano, sino que había salvado al amor de su vida cuando estaba en trance de desangrarse en la mesa de partos.

—Se ha recuperado muy bien en los últimos dos meses.

—La doctora Jane observaba a Zsadist desde la mesa que estaba enfrente, con el maletín de *Marcus Welby, doctor en medicina* al lado de su fantasmagórica mano—. Y Nalla está progresando mucho. Joder, los bebés vampiros se crían mucho más rápido que los humanos. Desde el punto de vista cognitivo, es como si tuviera nueve meses.

—Las dos están muy bien, sí. —Zsadist seguía cortando, moviendo la mano arriba y abajo, abajo y arriba. Al otro lado del filo del cuchillo, las hojas de lechuga saltaban y parecían entorchados verdes.

—Y, ¿cómo te va a ti con la novedad de ser padre?

— Mierda!



Al tiempo que soltaba el cuchillo, Zsadist lanzó una maldición y levantó la mano que tenía sobre la lechuga. El corte era profundo, hasta el hueso, y la sangre, intensamente roja, manaba profusamente y se escurría por la piel.

La doctora Jane se le acercó.

—Espera, acércate al fregadero.

Lo notable fue que ella no lo tocó ni trató de empujarlo hacia el fregadero; sólo se quedó allí y apuntó con el dedo hacia la llave del agua.

A pesar de que había hecho algunos progresos, a Zsadist seguía sin gustarle que la gente le pusiera las manos encima, excepto Bella. Ahora, si el contacto era inesperado, al menos ya no reaccionaba llevándose la mano al arma que tenía escondida y matando a quien se hubiese atrevido a tocarlo.

Cuando estuvieron frente al fregadero, la doctora Jane abrió toda la llave y la empujó hacia atrás, de manera que empezó a salir un chorro de agua caliente.

—Mételo debajo —dijo.

Zsadist estiró el brazo y metió el pulgar debajo del agua caliente. La herida le dolía horriblemente, pero ni siquiera hizo una mueca de dolor.

—Déjame adivinar lo que ha ocurrido. Bella te pidió que vinieras a hablar conmigo.

—No. —Al ver que él le clavaba los ojos, la buena doctora negó con la cabeza—. Sólo las examiné a ella y a la recién nacida. Nada más.

—Perfecto. Porque yo estoy bien.

—Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso. —La doctora Jane cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con unos ojos que lo hicieron desear que hubiese un muro de ladrillo entre los dos. Ya estuviera en estado sólido o fuera transparente, como ocurría ahora, cuando aquella hembra te miraba así, tú te sentías como si estuvieras en medio de una tormenta de arena. No era de extrañar que ella y V se entendieran tan bien.

—Bella sí mencionó que hace tiempo que no te alimentas como es debido, es decir, de su vena.

Z se encogió de hombros.

—Nalla necesita más que yo lo que el cuerpo de Bella puede producir.



—Pero no tiene por qué haber exclusividad. Bella es joven, está muy bien de salud y tiene muy buenos hábitos alimentarios. Tiene para los dos. Y, además, te lo debe, tú sí la has dejado alimentarte de ti.

—Por supuesto. Y lo volvería a hacer. Haré por ella cualquier cosa. Por ella y la pequeña.

Hubo un largo silencio, luego la doctora Jane lo rompió.

—¿No te gustaría hablar con Mary?

—¿Sobre qué? —Zsadist cerró la llave del agua y se sacudió la mano sobre el lavaplatos—. Sólo porque respeto las exigencias de mi shellan, ¿crees que necesito un loquero? ¿Qué demonios te pasa?

Arrancó una toalla de papel del rollo que colgaba de un soporte incrustado en la pared, debajo de los armarios, y se secó la mano.

—¿Para quién es la ensalada, Z? —preguntó la doctora.

—¿Qué?

—La ensalada. ¿Para quién es?

Zsadist sacó el cubo de la basura y arrojó la toalla.

—Para Bella. Es para Bella. Mira, no te ofendas, pero...

—¿Y cuándo fue la última vez que comiste?

Zsadist levantó las manos como queriendo decir «ya está bien, no más, por el amor de Dios!».

—Suficiente. Ya sé que tus intenciones son buenas, pero yo me exalto con facilidad y lo último que necesitamos es que Vishous se enfurezca conmigo porque te he dado una bofetada. Entiendo tu punto...

—Mira tu mano.

Zsadist bajó la mirada. La sangre seguía chorreando desde la yema del pulgar hacia la muñeca y el antebrazo. Si no hubiese tenido puesta una camiseta de manga corta, la sangre se habría almacenado en la parte anterior del codo. Pero en lugar de eso estaba goteando sobre las baldosas de terracota.

La voz de la doctora Jane resonó con irritante neutralidad y su lógica resultó ofensivamente acertada:

—Tú tienes un oficio peligroso, en el cual dependes de que tu cuerpo haga cosas que te mantengan a salvo. ¿No quieres hablar con Mary? Bien, allá tú. Pero tienes que hacer ciertas concesiones físicas. Ese corte ya debería haberse cerrado. Pero no lo ha hecho y

te apuesto lo que quieras a que va a seguir sangrando durante una o dos horas más, porque no estás en forma. —La doctora Jane sacudió la cabeza—. La cosa es así: Wrath me nombró médica particular de la Hermandad. Si sigues saltándote las comidas y sin alimentarte ni dormir como es debido, y de esa forma perjudicas tu rendimiento laboral, te sacaré del juego, te daré de baja.

Z se quedó mirando las gotas de líquido rojo brillante que brotaban de la herida. La hemorragia pasaba por encima de la banda negra de esclavo, de dos centímetros de anchura, que le habían tatuado en la muñeca hacía casi doscientos años. Tenía otra en el otro brazo y otra más alrededor del cuello.

Entonces alargó el brazo y arrancó otra toalla de papel. La sangre se limpiaba con facilidad, pero no había manera de borrar la marca que su maldita Ama le había hecho. La tinta había impregnado el tejido y había sido puesta allí para mostrar que él era una propiedad, un objeto que se podía usar, y no un individuo que mereciera vivir su vida libremente.

Sin tener ninguna razón en particular, Zsadist pensó en la piel de bebé de Nalla, tan increíblemente suave e inmaculada. Todo el mundo había notado lo suave que era. Bella. Todos sus hermanos. Todas las shellans de la casa. Era una de las primeras cosas que comentaban cuando la alzaban en brazos. Eso y el hecho de que era como una almohadilla, algo que invitaba a darle abrazos.

—¿Alguna vez has pensado en pedir que te quiten esos tatuajes? —preguntó la doctora Jane con voz suave.

—No se pueden quitar —respondió Zsadist con brusquedad, al tiempo que dejaba caer la mano—. La tinta es permanente.

—Pero, ¿alguna vez lo has intentado? Hoy en día hay láseres que...

—Será mejor que vaya a ponerme algo en esta herida, para poder terminar aquí. —Zsadist agarró otra toalla de papel—. Necesito un poco de gasa y esparadrapo...

—Tengo de eso en mi maletín. —Jane dio media vuelta para dirigirse a la mesa—. Tengo todo lo que...

—No, gracias. Yo me ocuparé del asunto.

La doctora Jane se quedó mirándolo fijamente.

—No me importa que seas independiente. Pero la estupidez sí me parece abominable. ¿Te queda claro? Puedo retirarte de la circulación en cualquier momento.



Si ella fuera uno de sus hermanos, seguro que Zsadist habría enseñado los colmillos y le habría gruñido. Pero no podía hacerle eso a la doctora Jane, y no sólo porque fuera una hembra. El problema era que no había manera de discutir con ella, pues sus palabras sólo eran la expresión de una opinión médica objetiva.

—¿Está claro? —repitió la doctora Jane, sin dejarse intimidar por la ferocidad de la expresión de Zsadist.

—Sí. Está claro.

—Bien.

—Tiene esas pesadillas... Dios, las pesadillas.

Bella se inclinó y metió el pañal sucio dentro del cubo de la basura. Al levantarse, agarró otro pañal del compartimento correspondiente del cambiador y sacó el talco y las toallitas húmedas. Luego agarró los tobillos de Nalla, tiró hacia arriba hasta levantar el diminuto trasero de su hija, la limpió rápidamente con una de las toallitas húmedas, le echó un poco de talco y por último deslizó el pañal limpio por debajo y lo acomodó en el centro.

Desde el otro extremo del cuarto, Phury le habló en voz baja.

—¿Pesadillas de sus días de esclavo de sangre?

—Me imagino. —Bella dejó caer suavemente el trasero limpio de Nalla sobre el pañal y fijó las cintas en su lugar—. Pero la verdad es que nunca ha querido hablarme del asunto.

—¿Ha estado comiendo bien últimamente? ¿Toma sangre de las venas?

Bella negó con la cabeza, mientras cerraba los botones del vestidito de Nalla. La prenda era rosa y tenía una calavera blanca y unos huesos cruzados bordados encima.

—Come mal y ha dejado de alimentarse de la vena. Es como si... No lo sé, el día que Nalla nació, Zsadist parecía tan maravillado y feliz... Pero luego fue como si hubiesen pulsado en él una especie de interruptor y se cerró por completo. Está casi tan mal como al principio. —Bella se quedó mirando a Nalla, que le estaba dando golpecitos al bordado que tenía en el pecho—. Siento haber-te pedido que vinieras hasta aquí, pero no sé qué hacer.

—Me alegra que me hayas llamado. Siempre acudiré a la llamada de vosotros dos, tú lo sabes.

Mientras apoyaba a Nalla sobre su hombro, Bella dio media vuelta. Phury estaba recostado contra la pared color crema del cuar-



to y su cuerpo enorme interrumpía la visión del diseño de conejitos, ardillas y ciervos pintados a mano.

—No quisiera ponerte en una situación difícil, ni alejarte de Cormia innecesariamente.

—Está bien, de verdad. —Phury sacudió la cabeza y su melena multicolor brilló con la luz—. Si no he dicho nada es porque estoy tratando de pensar qué es lo mejor que podemos hacer. Hablar con él no siempre es la mejor solución.

—Cierto. Pero ya se me están agotando las ideas y la paciencia. —Bella dio unos pasos y se sentó en la mecedora, mientras acomodaba a Nalla entre sus brazos.

Los hermosos ojos amarillos de Nalla miraron fijamente desde su carita de ángel y había una expresión de reconocimiento en su mirada. Sabía exactamente quién estaba con ella... y quién no. Desde hacía más o menos una semana ya reconocía a la gente. Y eso lo había cambiado todo.

—Zsadist nunca la abraza, Phury. Ni siquiera la tiene en brazos un minuto.

—¿De verdad?

Las lágrimas que inundaron sus ojos hicieron que la cara de la pequeña se volviera borrosa.

—Maldición, ¿cuándo se me pasará esta maldita depresión posparto? Me paso el día llorando.

—Espera, ¿nunca la ha tenido en sus brazos? ¿No la saca de la cuna ni...?

—No la toca. Mierda, ¿me pasas un pañuelo? —Cuando la caja de pañuelos de papel entró en su campo de visión, Bella sacó uno y se secó los ojos—. Estoy hecha un desastre. En lo único en lo que pienso es en que Nalla se va a pasar la vida preguntándose por qué su papá no la quiere. —Lanzó una maldición, mientras las lágrimas seguían brotando—. Ya lo sé, es ridículo.

—No, no es ridículo —dijo Phury—. En verdad, no lo es.

Phury se arrodilló, mientras mantenía la caja de pañuelos frente a Bella. Curiosamente, Bella notó que la caja tenía la imagen de un sendero bordeado por frondosos árboles, que se extendían hacia lo lejos. A cada lado, unos arbustos de flores color magenta daban la impresión de que los arcos llevaban tutús de ballet.

Bella se imaginó caminando por ese sendero... hacia un lugar que era mucho mejor que el sitio donde estaba en ese momento.



Entonces sacó otro pañuelo de papel.

—La cosa es que yo crecí sin padre, pero al menos tenía a Rehvenge. No me puedo imaginar lo que es tener un papá vivo, pero que está como muerto para ti. —Haciendo un gorjeo, Nalla bostezó y resopló, mientras se restregaba la cara con el dorso de la mano—. Mírala. Es tan inocente. Y responde tan bien al amor que se le da... Quiero decir que... Ay, por Dios, voy a comprar acciones en Kleenex.

Con un resoplido de impaciencia, Bella sacó otro pañuelo de papel. Para evitar mirar a Phury mientras se secaba los ojos, dejó que su mirada deambulara por la alegre habitación, que había sido un vestidor antes del nacimiento de Nalla. Ahora se había transformado en una habitación infantil, a cuyo alrededor giraba la familia, con la mecedora de pino que Fritz había fabricado con sus propias manos y el cambiador que le hacía juego, y la cuna, que aún estaba adornada con ramos de cintas de colores.

Cuando su mirada aterrizó en la biblioteca a ras del suelo, con todos aquellos libros grandes y gruesos, Bella se sintió todavía peor. Los hermanos y ella eran los que le leían a Nalla, quienes sentaban a la niñita en el regazo y abrían esos libros llenos de colores brillantes, y le recitaban rimas y poemas.

Su padre nunca lo hacía, aunque Z había aprendido a leer hacía ya casi un año.

—No habla de ella como su hija. Es mi hija. Para él, ella es mía, no nuestra.

Phury bufó con irritación.

—Te juro que estoy tratando de contenerme para no ir a darle una paliza ahora mismo.

—No es culpa de él. Quiero decir que después de todo lo que tuvo que pasar... yo tenía que esperar algo así, supongo. —Bella se aclaró la garganta—. Me refiero a que todo esto del embarazo no fue planeado y me pregunto... si tal vez él me guarda algún rencor y se arrepiente de que Nalla haya nacido.

—Tú eres su milagro. Y lo sabes.

Bella sacó más pañuelos y sacudió la cabeza.

—Pero ya no se trata sólo de mí. Y no voy a criarla aquí si él no puede hacer las paces con nosotras dos... Lo voy a abandonar.

—Vamos, creo que eso es un poco prematuro...



—Nalla está comenzando a reconocer a las personas, Phury. Está empezando a entender que él la ignora, la margina. Y Z ya ha tenido tres meses para hacerse a la idea. Con el tiempo ha ido a peor, no a mejor.

Mientras Phury lanzaba una maldición, Bella levantó la mirada hacia los brillantes ojos amarillos del gemelo de su hellren. Dios, aquel color era el mismo que brillaba en el rostro de su hija, así que no había manera de mirar a Nalla sin pensar en su padre. Y aun así...

—De verdad —dijo Bella—, ¿cómo van a ser las cosas de aquí a un año? No hay nada más triste, no hay mayor sensación de soledad que la que provoca dormir al lado de alguien a quien extrañas, como si se hubiese marchado. O tener a alguien así por padre.

Nalla estiró sus gordas manitas y agarró uno de los pañuelos de papel.

—No sabía que estabas aquí.

Bella miró enseguida hacia la puerta. Zsdist estaba en el umbral, con una bandeja en las manos, en la que llevaba un plato de ensalada y una jarra de refresco de limón. Tenía una venda blanca en la mano izquierda y cara de «no-me-preguntes-qué-pasó».

De pie en el umbral, en el extremo del cuarto, se veía exactamente igual al hombre del que ella se había enamorado y con el que se había apareado: un gigante con la cabeza rapada y una cicatriz que le partía en dos la cara, bandas de esclavo en las muñecas y el cuello y un par de aros en los pezones, que se adivinaban debajo de la ceñida camiseta negra.

Bella recordó la primera vez que lo vio, cuando golpeaba un saco de arena en el gimnasio del centro de entrenamiento. Movía vertiginosamente los pies, sus puños golpeaban a más velocidad de la que los ojos podían percibir y la bolsa se sacudía a causa de los golpes. Y entonces, sin detenerse ni un instante, había desenfundado una daga negra que llevaba en el arnés del pecho y había apuñalado la bolsa que estaba golpeando, cortando el cuero y haciendo que el relleno se desparramara por todas partes, como si fueran los órganos vitales de un restrictor.

Bella había llegado a descubrir en él algo más que un guerrero feroz. Esas manos también eran capaces de transmitir una gran ternura. Y aquella cara marcada, con el labio superior partido en dos, le había sonreído y la había mirado con amor.



—Vine a ver a Wrath —dijo Phury, al tiempo que se ponía de pie.

Los ojos de Z se clavaron entonces en la caja de pañuelos que su gemelo tenía en las manos y luego en el revoltijo de papeles sucios que Bella tenía en la mano.

—¿De veras?

Mientras entraba y ponía la bandeja sobre la cómoda en la que guardaban la ropa de Nalla, no miró a su hija. Ella, sin embargo, se dio cuenta de que él estaba en la habitación. Volvió la diminuta cara en su dirección, con sus tiernos ojos desenfocados, en actitud de súplica, y los bracitos regordetes tendidos hacia él.

Z dio un paso atrás y salió de nuevo al pasillo.

—Que te vaya bien en tu reunión. Yo me voy de cacería.

—Te acompaño a la puerta —dijo Phury.

—No tengo tiempo. Nos vemos después. —Los ojos de Z se clavaron en los de Bella por un momento—. Te amo.

Bella abrazó a Nalla con más fuerza.

—Yo también te amo. Cuídate.

Z asintió una vez con la cabeza y se marchó.